

La querrela del eurocomunismo

EDUARDO HARO TECGLÉN

EL comunismo —el comunismo auténtico, científico— es uno solo, es único: es aquel cuyos cimientos han sido puestos por Marx, Engels y Lenin, y del cual el movimiento comunista contemporáneo sigue los principios. Esta frase es el centro y la razón del largo editorial —3.500 palabras— de "Novoye Vremya" ("Tiempos Nuevos"), semanario soviético dedicado a la política internacional, editado en varios idiomas para el exterior, contra el "eurocomunismo" y concretamente contra Santiago Carrillo, puesto que es una crítica a su libro "Eurocomunismo y Estado" (ver TRIUNFO, núm. 749). Difundido en su totalidad por la agencia oficial Tass, tiene prácticamente el carácter de una declaración de Estado, y desborda en mucho su alcance declarado: es una posición abierta y combativa contra el fenómeno del nuevo comunismo que se expande en la Europa Occidental y en otros países (como el Japón). Una pequeñez de miras con respecto a este artículo que se está esgrimiendo en España es que es "una maniobra" para desmontar a Carrillo en el momento en que se enfrenta con el pleno del Comité Central para analizar los resultados de las elecciones que, según se dice, no le han sido favorables. La declaración soviética tendría por objeto fortalecer a los que, dentro del PCE, piden cuentas a Carrillo por los malos resultados obtenidos. El cañonazo parece demasiado grueso para este objetivo. Hay que considerarlo dentro de una especie de reacción soviética contra un conjunto de circunstancias que podrían considerarse como desfavorables: el refuerzo del papel del PCUS dentro del grupo sociedad-Gobierno-Estado de la URSS, la nueva Constitución, el enfrentamiento contra la forma de guerra fría que se presenta en forma de defensa de los derechos humanos, la ofensiva en la Conferencia de Belgrado (donde el delegado soviético acaba de denunciar a los occidentales de "frívolos" y amenazarles con "consecuencias desagradables", rompiendo así la atmósfera de cortés y fría diplomacia en que se desarrollaba la con-

ferencial), la lucha contra los disidentes, el gran juego diplomático soviético (Breznev en París) y, en suma, toda una actitud nueva de revaloración del comunismo como base. El enfrentamiento con los eurocomunistas se viene produciendo desde hace años con sordina, con delicadeza, con discreción. Este era el momento en que tenía que estallar, y Carrillo y su libro tenían que servir de pretexto. Que Berlinguer o Marchais no aparezcan en el texto por su nombre es cuestión de táctica. La atribución de este artículo al resultado electoral y a la reunión del Central en Madrid no parece tenerse de pie. Conociendo la lentitud soviética, las innumerables censuras, las correcciones interminables de los textos, el análisis del documento criticado —en este caso, el libro de Santiago Carrillo— y el conjunto de personas que deben tomar

la decisión de publicar el texto y difundirlo, puede creerse que está todo preparado o en preparación desde antes de las elecciones.

En primer lugar, la querrela entre internacionalismo y nacionalismo dentro del movimiento comunista es tan antigua como el comunismo en sí, y aparece ya en la I Internacional. Nada más lejos de la realidad que la idea del comunismo como bloque absolutamente unitario que ha sostenido continuamente la dirección de la URSS, que sostiene en la frase antes citada y que se ha convertido en uno de los grandes mitos contemporáneos, utilizado y magnificado por el anticomunismo, a su vez, para su propia finalidad y conveniencia. Desde el nacimiento del comunismo "científico" contra los socialismos "utópicos" hay ya una diversidad: con la disputa de Marx con Proudhon y Bakunin

en la I Internacional (1864) comienza una serie de diversidades que no tendrán fin nunca más. Las excomuniones de "desviacionistas" y "revisionistas", con todos sus terribles episodios; la tragedia universal de Trotsky y los trotskistas, la destalinización, son algunos de los episodios que marcan la continua división de pensamiento y de práctica en el movimiento comunista: los acontecimientos de Budapest y Praga son muy útiles ilustraciones. Y la actual multipolaridad del comunismo triunfante en China, URSS, Albania o Belgrado (por no hablar de los otros matices de los países centroeuropeos, llamados del Este) nos puede mostrar que nada más alejado de la realidad que el comunismo unívoco. Desde un punto de vista comunista puede ser deplorable; desde otro, conveniente: sin entrar en el fondo de la cuestión, puede

